
PRÓLOGO DEL AUTOR

Creo que ni la más delicada conciencia podrá inquietarse por ver publicar fábulas de asuntos religiosos, cuando ese género de literatura se ha destinado siempre á enseñar grandes cosas, y cuando hasta el mismo celestial Maestro Jesucristo expuso y encerró en parábolas altísimas verdades de su soberana doctrina. Cierto que las parábolas no son idénticamente fábulas, atendida la índole especial de estos poemas, pero les falta muy poco; y yo, de buen grado, hubiera hecho de todas las del Evangelio otras tantas fábulas, si un respeto harto justificado no me hubiera impedido alterar en lo más mínimo el sagrado texto.

La idea, sin embargo, de escribir una co-

lección de esta especie es, á mi modo de ver, completamente nueva. Tenemos fábulas morales, fábulas políticas, fábulas literarias, etcétera; pero fábulas ascéticas, son éstas, ó yo me engaño mucho, las primeras que se ofrecen al público. Muy lejos estoy, empero, de querer arrojarme la honra de esta novedad: no es invención mía, no, sino del tiempo en que vivimos, ó más bien del cotidiano estudio de sus necesidades. Una generación, en tan visible parte ligera, frívola, engreída ó codiciosa, no es muy de esperar que acuda á nutrir cristianamente su espíritu en las grandes obras de los ascéticos, y eso que los nuestros son los mejores del mundo. Era, pues, necesario hallar un ardid y obtener el medio ingenioso de llevar á ciertos entendimientos y hacer sentir á ciertos corazones las máximas eternas y las inspiraciones cristianas; y que la píldora de la verdad, casi siempre amarga, pasase así á producir sus efectos, deleitando, ó por lo menos sin haber incomodado antes en el paladar.

Esto es lo que me he propuesto con la presente obrita, no sin haber desmayado muchas veces, en vista de obstáculos que ofrecía la

empresa. Y ciertamente, la necesidad de reunir y conciliar, en una multitud de composiciones, la concisión y sencillez de los planes con la trascendencia de los pensamientos, y el estilo festivo y la animación de los cuadros con lo profundamente serio de las enseñanzas, es dificultad ante la que me hubiera rendido por completo, si lo mucho que falta á mi pobre ingenio no hubiese venido á suplirlo la voluntad enérgica, que me suministra un poco de zelo sacerdotal del bien de las almas. No es esto decir que he salido vencedor: estoy muy distante de creerlo; pero sería dichoso si con esto, que calificaré de *osada tentativa*, lograrse llamar la atención de nuestros verdaderos ingenios hacia un campo tan precioso, tan dilatado, y que en la actualidad se les presenta enteramente inculto.

Diráse que si la puntería va desde luego dirigida tan alto, ¿á qué nombrar á cada paso los niños, como si ellos fueran el único objeto de mi atención y de mi trabajo? ¡Oh! eso es, Lector muy benévolo, porque una larga experiencia enseña que, en punto de religión, hay muchos niños: niños á quienes los años, la inteligencia, la ocupación colo-

can ya más ó menos distantes del primer período de la vida. Porque niños son en esta materia los que, desvanecidos con los pasatiempos y placeres de la sociedad pagana en que vivimos, encuentran fastidioso, insoponible, todo lo que pone en sus almas la meditación y el desengaño: niños son los que, entregados por completo á los afanes y adquisiciones del siglo, no reservan ni un momento siquiera para la única cosa necesaria: niños son, en fin, cuantos, atraídos, por afición ó por necesidad, al estudio de una ciencia ó al ejercicio de una facultad, olvidan y desconocen al cabo hasta aquello mismo que los verdaderos niños saben de la gran ciencia de la salvación. Ved por qué, hablando también con los doctos, no he tenido inconveniente en autorizar mis fábulas colocando al fin de cada una la cita exacta de una sentencia de la Sagrada Escritura, cuyo desenvolvimiento es el asunto, y cuya traducción literal se encuentra siempre en el apólogo ó es la moraleja con que termina.

Mas no por eso me persuado de que mi tarea será, en todo caso, completamente inútil para los cristianos fervorosos y de buen

espíritu. Antes por el contrario, las sanas ideas deben suministrarse en todas las formas convenientes; mucho más hoy, que son tan escasas en número las lecturas amenas que pueden circular sin recelo entre las personas timoratas. Y, si mi obra valiese algo; si yo hubiera logrado elevarla á la altura de mis deseos, no sería poco triunfo el poder decir que había dado con el secreto de presentar un libro que, deleitando sin peligro en manos de una monja, enseña sin fastidio en manos de un *despreocupado*. Entonces sí que, con más razón acaso que el fabulista de la antigüedad, podríase repetir desde el principio de estas páginas:

Duplex libelli dos est, quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.

